Cortés les había mandado que no lo pagasen más, porque así era la voluntad de el rey, replicaron que poco había que tenía su orden y que si no lo pagaban irían a destruirlos. Acudieron a Juan de Escalante, que envió mensajeros a los capitanes mexicanos rogándoles que no maltratasen aquella gente, pues todos eran amigos. Respondieron que no lo podían excusar. Volvió Escalante a rogárselo, pues aquélla era la voluntad de Motecuhzuma, donde no, que procuraría de defenderlos; y curándose menos de este segundo recado, dijeron que los hallaría en el campo para lo que quisiese. Apercibióse luego Juan de Escalante, salió con cuarenta castellanos que llevaban tres ballestas y dos escopetas, dos tirillos ligeros y poco más de dos mil indios amigos. Halló a los mexicanos en campaña, que eran doblados; llegaron a las manos y a la primera ruciada los totonaques huyeron quedando algunos muertos. Los castellanos, desamparados de los amigos, quedaron peleando. Vencieron a los mexicanos, que como cosa nueva para ellos no pudieron sufrir los filos de las espadas castellanas. Siguiérónlos hasta el pueblo que se llamó después Almería y lo quemaron. Quedó de esta refriega mal herido Juan de Escalante y su caballo muerto y otros seis soldados también mal heridos; y llegado Escalante a la Villa Rica murió de las heridas. Los indios se llevaron vivo a un soldado, llamado Argüello, natural de León, hombre de gran cabeza, barba negra y crespa, muy robusto y de grandes fuerzas y llevándolo a Motecuhzuma (porque esto sucedió antes de la entrada de Fernando Cortés en Mexico), murió de las heridas y porque el cuerpo hedía le llevaron la cabeza y mirándola, como era de hombre robusto, tuvo alguna turbación y no quiso que se ofreciese en ninguno de los templos de Mexico, sino en alguno de fuera, y dijo que se maravillaba cómo siendo los suyos tantos, no vencían a aquellos que eran tan pocos y que quedaba desengañado de que aquellos hombres no eran inmortales, aunque tenían figura de muy valientes; y la turbación que recibió con la vista de la cabeza de Argüello, afirman algunos que fue porque según los pronósticos que tenía, le parecía que habían de ser aquellos hombres los que habían de ocupar su monarquía e introducir otra religión.

CAPÍTULO XLIX. *Que Fernando Cortés envía teniente a la Vera Cruz y se determina aprender a Motecuhzuma*

ABIDO EL CASO, porque convenía poner persona de recado en la Villa Rica, envió Fernando Cortés a Alonso de Grado, hombre de muy buenas gracias, aunque no muy soldado, por alcaide y teniente, y la vara de alguacil mayor dio a Gonzalo de Sandoval, con que por entonces se estuviese en Mexico. Encargóle que mirase por los vecinos y los honrase y no permitiese hacer agravio a los indios amigos, ni se les tomase cosa por fuerza y que le diese mucha priesa en acabar la fábrica de la fortaleza. Llegado Alonso de Grado se llevaba con mucha gravedad con los

soldados, pedía joyas a los pueblos comarcanos y de la obra de la fortaleza se curaba poco. Entendido también que mostraba afición a Diego Velázquez y que había puesto en plática con algunos amigos suyos que si acudiese le admitiesen. Fernando Cortés envió a Gonzalo de Sandoval para que preso se lo llevasen a Mexico y se quedase en la Villa Rica; y de esta vez fue en su compañía Pedro de Yrcio, su amigo, hombre de buena conversación y cortesano, como quien se había criado en casa del conde de Ureña. Alonso de Grado, después de haber estado algunos días preso, volvió en gracia de Cortés, el cual, recibida la carta de la Villa Rica y despachado a Sandoval, comunicó el caso a algunos señores de Cholulla y Tlaxcalla para saber de dónde había procedido lo que había hecho Quauhpopoca (que tal era el nombre del general mexicano). Certificáronle que nunca se atreviera a tomar las armas contra Escalante, si no hubiera tenido orden del rey. Considerando pues Cortés el peligro en que se hallaba por otras señales que había y que si se salía de la ciudad se ponía en mayor riesgo de perderse, aliende de lo mucho que menoscababa la reputación que tenía adquirida, con ánimo osado y generoso, determinó de arriscarse en apoderarse de la persona del rey (negocio atrevido y dificultoso, según el estado de las cosas y la potencia de aquel gran príncipe Motecuhzuma); y aunque algunos pocos con quien luego lo comunicó le ponían por delante los inconvenientes que se ofrecían para salir bien de tan arduo negocio, otros se conformaban con su parecer, y al cabo se determinó de ejecutarlo, por parecerle que no teniendo aquella prenda para su seguridad era cierta la muerte de todos. Estando con esta determinación, fueron a él muchos tlaxcaltecas que le afirmaron que descubiertamente trataban los mexicanos de romper las puentes de la ciudad y que ya tenían muchos pertrechos de guerra prevenidos y que viese lo que convenía antes que el negocio pasase más adelante.

Respondió Cortés que sabía bien lo que pasaba y que no había tanto peligro como ellos pensaban, que no temiesen, pues tenían a Dios de su parte. Andúvose aquella noche paseando por una gran sala, solo, pensativo, discurriendo sobre la forma de la ejecución y entonces fue avisado de Alonso Yáñez, artífice de albañilería, que estaba allí una puerta recién cerrada y encalada. Mandó Fernando Cortés que luego se abriese para reconocer el intento. Entró por ella con algunos soldados, halló muchos aposentos, adonde había muy ricas cosas de plumería, joyas y ropa de algodón, ídolos y otras riquezas semejantes. Mandó que se volviese a cerrar sin que se tocase a nada (porque todo había sido de Axayacatzin, padre de Motecuhzuma), y envió luego a llamar a todos los capitanes y personas con quien solía tratar los negocios. Díjoles que ya sabían el peligro en que estaban, así por lo que de la intención de Motecuhzuma se había podido comprehender del caso de Quauhpopoca que avisaron de la Vera Cruz, como por lo que los tlaxcaltecas referían; por lo cual, si otra cosa de nuevo no les parecía, había determinado de prender a Motecuhzuma y llevarle a su aposento y tenerle en él con buena guarda, porque estando Motecuhzuma en su poder no osarían los mexicanos intentar lo que se entendía

que tenían pensado, y que cuando todavía lo quisiesén hacer, viendo muerto a su señor habían de hacer entre ellos tantas diferencias sobre la elección del nuevo rey que podría ser que alguna parte interesada estuviese de la suya, con que serían poderosos contra la otra, porque el salirse de la ciudad no podría ser sino a manera de fugitivos, que adonde quiera habían de ser tenidos en poco y aun muertos, sin darles lugar de llegar hasta Tlaxcalla, y que pues por ninguna parte se excusaba el peligro, era mejor hacer una buena determinación, como lo que había pensado.

Rogó a todos que libremente dijesen su parecer. Quisieran algunos que se tomara acuerdo con Motecuhzuma para salir de Mexico, pues que habiendo ofrecido tan grandes partidos para que no entrasen, también los haría para que se fuesen, porque la resolución de prenderle era temeraria. Otros dijeron, que pues no estaban ciertos de que queriendo salir de la ciudad los había de asegurar Motecuhzuma, ni dar de sus tesoros, era bien ejecutar lo que Cortés tenía pensado; pues como parecía por la carta de la Villa Rica, él había mandado matar aquellos castellanos y su intención era mala y que era cosa afrentosa y peligrosa salir de la ciudad, con partidos y sin ellos; y que pues ya se hallaban en ella no era razón, con incierta esperanza de la seguridad de las vidas, dejar de hacer tan gran servicio a Dios y al rey, como sería apoderarse de Mexico, porque si sucedía bien, era cosa fácil sujetar todo lo demás de aquel imperio. Este consejo pareció bien a la mayor parte, y se acordó que Fernando Cortés hiciese lo que había pensado, el cual después de haber referido la forma como lo pensaba ejecutar, se fueron todos a sosegar.

El día siguiente, a la hora que Fernando Cortés solía ir a visitar al rey, fue acompañado de treinta capitanes y personas de los más principales, dejando a toda la gente con mucho silencio, muy apercibida, dividida en diversas y pequeñas cuadrillas en los puestos más convenientes, y a los que iban con él mandó que de dos en dos o de tres en tres, disimuladamente, mostrando que se andaban paseando, se fuesen a palacio. Como este desgraciado rey no estaba receloso de ninguna ofensa que Cortés le pudiese hacer, por parecerle que las obras que le hacía eran de amigo, salióle a recibir con alegría y llevóle a una sala adonde tenía su estrado. Entráronse tras él los treinta castellanos y muy alegre con su conversación le dio muchas joyas de oro y una hija suya, con otras de señores; la suya para que se casase con ella, y las demás para que la sirviesen o las repartiese entre sus caballeros. Recibiólas por no desabrirle, diciendo que siempre, como tan gran señor, le hacía mercedes de todas maneras y que supiese que con aquella señora no se podía casar porque su ley cristiana se lo prohibía, así por no ser ella bautizada como por ser él casado y no poder tener más de una mujer. Con todo esto quiso Motecuhzuma que se la llevase, porque quería tener nietos de hombres tan valerosos. No era esta caricia y dádiva digna de lo que Cortés llevaba trazado y determinado; pero muchas veces no valen dones donde los que los reciben se recelan de mayores males, como los tenía concebidos Cortés de Motecuhzuma.